

bIBLIOTECA  
dIGITAL

# MÚSICA/MUSICOLOGÍA Y COLONIALISMO

MÚSICA/MUSICOLOGIA E COLONIALISMO  
MUSIC/OLOGY AND COLONIALISM

COORDINADOR: CORIÚN AHARONIÁN

**CDM**

CENTRO NACIONAL DE DOCUMENTACIÓN MUSICAL  
LAURO AYESTARÁN

**mec**

MINISTERIO DE EDUCACIÓN Y CULTURA

## Condiciones de uso

1. El contenido de este documento electrónico, accesible en el sitio del *Centro Nacional de Documentación Musical Lauro Ayestarán*, CDM (Montevideo, Uruguay), es una publicación del propio CDM, proveniente de su labor de investigación o de un evento organizado por él.

2. Su uso se inscribe en el marco de la ley n° 9.739 del 17 de diciembre de 1937, modificada por la Ley n° 17.616 del 10 de enero de 2003:

- el uso no comercial de sus contenidos es libre y gratuito en el respeto de la legislación vigente, y en particular de la mención de la fuente.

- el uso comercial de sus contenidos está sometido a un acuerdo escrito que se deberá pedir al CDM. Se entiende por uso comercial la venta de sus contenidos en forma de productos elaborados o de servicios, sea total o parcial. En todos casos se deberá mantener la mención de la fuente y el derecho de autor.

3. Los documentos del sitio del CDM son propiedad del Centro Nacional de Documentación Musical Lauro Ayestarán, salvo

mención contraria, en los términos definidos por la ley.

4. Las condiciones de uso de los contenidos del sitio del CDM son reguladas por la ley uruguaya. En caso de uso no comercial o comercial en otro país, corresponde al usuario la responsabilidad de verificar la conformidad de su proyecto con la ley de ese país.

5. El usuario se compromete a respetar las presentes condiciones de uso así como la legislación vigente, en particular en cuanto a la propiedad intelectual. En caso de no respeto de estas disposiciones, el usuario será pasible de lo previsto por la Ley n° 9.739 y su modificación por la Ley n° 17.616 del 10 de enero de 2003.

## CDM

Centro Nacional de Documentación Musical Lauro Ayestarán

[www.cdm.gub.uy](http://www.cdm.gub.uy)

correo electrónico: [info@cdm.gub.uy](mailto:info@cdm.gub.uy)

1ª edición, 2011.

Edición digital, 2014.

© 2011, Centro Nacional de Documentación Musical Lauro Ayestarán.

© 2011, los autores.

Impreso en el Uruguay.

ISBN 978-9974-36-184-3 (edición impresa)

Centro Nacional de Documentación Musical Lauro Ayestarán

Avenida Luis P. Ponce 1347 / 505 - 11300 Montevideo, Uruguay. Teléfono +598 27099494.

## DESAFÍOS ACTUALES ANTE EL COLONIALISMO

El colonialismo no es más que la supremacía de una sociedad sobre otra en sus relaciones de intercambio. Es un orden desigual. Se basa en la presunción de superioridad del que coloniza, y – lo que es peor – en la aceptación de inferioridad del colonizado. Un convencimiento de partes que perpetúa la dependencia.

Aunque el colonialismo es una anomalía política, su caldo de cultivo es la cultura. Una sociedad se impone sobre otra siempre mediante modelos culturales, donde el rol productivo será privativo del colonizador, en tanto que el rol de consumo será destino del colonizado, quien eventualmente tal vez sea también un reproductor del modelo, en el mejor de los casos. Así funciona la estructura colonial: ellos producen, nosotros consumimos; ellos inventan, nosotros imitamos.

¿Quiénes “ellos” y quiénes “nosotros”? Pareciera sobreentendido que ellos son los colonizadores y nosotros los colonizados, en una dicotomía de raíces originada hace 500 años. Pero el asunto es más complejo. El proceso de dominación política prevé la conversión de nosotros en ellos. Nosotros como eficientes agentes coloniales en el seno mismo de nuestra sociedad. Es el estado más álgido de la condición colonial. La colonización se parece así a la estrategia del reptil que inculca en su presa una descarga letal, la misma que – una vez dentro – es transmitida por el propio organismo de la víctima a través de todos sus sistemas, hasta paralizarlos.

Otro mecanismo alternativo del colonialismo es aquel en el que el subyugado preserva un margen de iniciativa, que sin embargo no compite

en la escala de valores de la hegemónica. Lo dijo Eduardo Galeano antes que yo: ellos hacen arte, nosotros artesanía; ellos tienen lenguas, nosotros dialectos; ellos escriben la música, nosotros la hacemos “de oído”.<sup>1</sup> De ese modo, aunque seamos productivos, el valor de “mercado” y el valor social de nuestros productos, no afectará el círculo de la dependencia ni la direccionalidad vertical (arriba-abajo) en que nos ven y nos vemos.

Aquí mismo he escuchado decir con cierto candor que la música nunca es colonizante. El colonialismo no se define apenas por las transferencias que fluyen unilateralmente de una cultura hacia otra, sino por las condiciones en que éstas se producen. Si Bach llega a nuestras escuelas y conservatorios en forma de método para formar pianistas, a través de él no sólo se transmite una gimnasia anatómica (¿o antianatómica, más bien?), sino – por sobre todo – una gramática, una sintaxis, una estructura de pensamiento. Un estudiante que desarrolla su técnica a lo largo de años siguiendo la cadena Bach-Beethoven-Schumann-Chopin-Liszt-Brahms, configurará así un único entendimiento de la música como lenguaje, aunque viva en La Habana rodeado de rumbas y sonos, y aunque ninguno de los compositores citados hubiera tenido jamás la intención de subalternizar con su música las cadencias antillanas. De la misma manera, aquí y ahora nos estamos comunicando en español, aunque todos provengamos de entornos – en mayor o menor grado – aimaras, quechuas, náhuatl, xingú o calinhas. Español mediante, nuestra estructura de pensamiento es cartesiana.

Lo que no pasa por la educación es subalterno. Puede ser que identifique, pero no representa; puede ser que signifique, pero no se entiende; puede ser que exista, pero no está. La educación transmite valores y referentes, y el ser humano construye su realidad en base a ellos. Y aceptemos, nuestros sistemas educativos en general son transmisores coloniales, conscientes o inconscientes, inocentes o premeditados, da lo mismo. El resultado es lo trágico.

Pero más que seguir diagnosticando el colonialismo, nos corresponde como intelectualidad, como región, como especie, crear antídotos. ¿Qué hacemos ante tanta evidencia? ¿Cómo hacemos?

---

1 Eduardo Galeano: “Los nadies”. En: *El libro de los abrazos*. Siglo XXI, Buenos Aires-México-Madrid, 1989.

## **Descolonizar**

En el sorprendente proceso político boliviano se ha creado el Ministerio de Culturas (así en plural), con dos ramificaciones operativas: el viceministerio de descolonización (término que – por cierto – no escuché ni una sola vez en este coloquio), y el viceministerio de interculturalidad.

A propósito de este desafiante escenario, caben algunas consideraciones sobre los escenarios abiertos. ¿Es posible descolonizar por regresión, desandando? No, no es posible volver al punto de partida. Primero, porque la Historia es irreversible; segundo, porque la colonización produce asimilaciones y agregados, es decir, valores de los que el colonizado se apropia. Los vuelve suyos. Las posturas políticas regresivas son ilusorias, inviables y – a la larga – reaccionarias, porque conciben al sujeto social como un ente disecado, inmutable, carente de dinámica.

También se está suponiendo como descolonizante a la simple sustitución de símbolos y protagonistas. El cambio de unas banderas, unos himnos, etc., por otras banderas, otros himnos, etc., aparece en Bolivia como una actitud frecuente de reivindicación anticolonial. Los emblemas por sí mismos no representan nada si antes no se les ha connotado de un contenido real.

Asimismo, el cambio de personas en la detentación del poder estatal, de unos por otros, de quienes dominaron por quienes fueron dominados, puede producir también espejismos. Un Congreso o Asamblea Nacional Plurinacional constituido mayoritariamente por indígenas quechuas, aimaras y guaraníes, no será – sólo por ello – descolonizante. No es la condición de origen, sea cultural, racial, social o religiosa, la que resuelve la funcionalidad política, nada menos que en la tarea de descolonizar; es la conciencia, y ésta la puede tomar y asumir cualquiera, independientemente de su condición. Los casos paradójales en nuestra historia, a ese respecto, son abundantes.

En nombre de la descolonización también se suele incurrir en radicalismos chovinistas. Lo “nacional” contra lo “extranjero”; el “folclore” contra “el rock”; una “patria” contra la de al lado; yo contra el vecino, aunque sea mi hermano. Distorsiones perceptivas de la realidad erigen monstruos de

comportamiento irracional, que – al fin de cuentas – sólo perpetúan un estado de sometimiento.

Ni en marcha atrás, ni tiñendo de añiles, ni cerrando fronteras, se resuelve una trama histórica profunda. Descolonizar es posible sólo en dos dimensiones. Primero, la del espejo donde mirarse; y segundo, la más difícil, la de nominar a esa imagen. El espejo es la metáfora de la identificación y el reconocimiento del yo colectivo; es el reflejo que proyectamos, es un juego de ida y vuelta. Denota identidad y reconocimiento.

La segunda dimensión implica, en cambio, una acción. Darle nombre a la imagen propia nos coloca en posición de verbo.

Descolonizar es crear condiciones igualitarias para el intercambio con el otro. Porque de eso se trata, de relacionarnos. Por opción o por destino, el ser humano siempre ha buscado a sus semejantes, ya sea para aliarse, pactar o dominar, y lo ha hecho – paradójicamente – partiendo del miedo. El miedo al otro es el impulso. Más que racista, el ser humano es “*otrista*”; se aterra del otro. Descolonizar será entonces superar el miedo, reconociéndose a uno mismo (ver en el espejo), reconociendo al otro (ver en el entorno), y estableciendo relaciones gregarias.

Es evidente que la misión no es tan fácil como enunciarla. El desafío verdadero de la descolonización es que hay que inventarla, hay que construirla. Demanda conciencia, pero sobre todo, creatividad, ingenio, apertura, para levantar, desde ahí, paradigmas propios y nuevos.

Pero la descolonización no es sólo misión de colonizados, sino también de colonizadores. El desafío de la humanidad es justamente ése, progresar hacia un estado espiritual nuevo, en formas de intercambio dignas para todos, o perecer en el encono entre semejantes, y – lo peor – en el encono con la naturaleza. Porque la consigna ahora es más amplia que nunca: planeta o muerte, ¿venceremos?

Descolonizar es un concepto que compromete voluntades e intenciones de unos y otros. Es abrir un espacio común de participación donde todos puedan poner y tomar. La humanidad está en un nivel de acumulación sin precedentes en su historia (¿o será mucho presumir?). Y me refiero a

muchas cosas, como la acumulación de la experiencia, de la tecnología y – por supuesto – de la riqueza. Como especie nos toca dar el salto hacia un orden inclusivo, donde esa acumulación en vez de segregar, agregue; en vez de marginar, convoque; en vez de imponer, dialogue. Diversificar nuestros referentes, multiplicarlos, no dividirlos, y generar un campo amplio de posibilidades y alternativas, debiera ser nuestra misión-visión.

### **Antiguos nuevos referentes**

En el mundo aimara todo contiene su contrario, no como categoría separada e inconexa, sino como una consecuencia de sí mismo. De ese modo los opuestos son integrales a una noción polivalente, donde el uno se reafirma por el otro, y viceversa. El otro, entendido así, constituye una necesidad, un factor sin el cual no se explica el uno.

En esta forma de pensamiento, los aimaras han construido una sólida cultura, basada en la complementación de las polaridades como principio efectivamente inclusivo, como factor de solución de conflictividades internas, y aun con las externas, cuya integración a la dinámica de las dicotomías se manifiesta, primero, en su propia sobrevivencia, y segundo, en su extensión, enriquecimiento y trascendencia como sociedad.

Ya se ha estudiado, por ejemplo, el fenómeno de la aimarización del cristianismo, engendrada en la mismísima cristianización del mundo aimara. Y lo ha hecho nada menos que un agustino, holandés y rector de la Universidad Católica Boliviana.<sup>2</sup> Es una evidencia, entre muchas otras, de cómo un estrato dominado puede gravitar sobre su dominador hasta transformarlo. ¿Les suena *Pedro y el Capitán*?<sup>3</sup>

¿No será que tenemos algo que aprender de esa cosmovisión? ¿No será que la interculturalidad, en su mejor acepción, no es sino una vieja práctica indígena que el mundo global busca patentar como invento propio, sin terminar de entenderla? ¿Qué es hoy entonces la cultura aimara? ¿Una cultura colonizada? ¿Una cultura precolonial? ¿Una cultura descolonizada? ¿Una cultura moderna? ¿Es necesario definirla? Más que eso, importa la

---

2 Hans van den Berg: "La tierra no da así nomás". En: *Revista de la Universidad Católica Boliviana / Ciencia y Cultura*, N° 15-16, agosto, 2005

3 Mario Benedetti: *Pedro y el capitán*. Nueva Imagen, México, 1979.

constatación, la evidencia de que es posible existir con el otro, por el otro, para el otro y pese al otro, sin perecer en el intento.

Es que La Paz toda, o casi toda, es una ciudad aimara. Una aimaridad proyectada o reproducida en las particularidades de cada contexto, por supuesto, porque hasta la mayoría blanco-mestiza hispanoparlante construye el español en una sintaxis que la Real Academia no aceptaría bajo ningún concepto, influenciada por el idioma aimara circundante, sin que siquiera se tome la molestia de hablarlo.

Los cercos indígenas a La Paz de fines del siglo XVIII, con todas sus connotaciones, se pueden leer hoy como una metáfora que recorre progresiva y concéntrica desde los límites físicos de la mancha urbana, hasta el más recóndito recodo de la psique de cada paceño, de cada paceña.

Yo mismo, como compositor, me considero hoy un subproducto de la cultura aimara. Mi música se ha aimarizado progresivamente, y no apenas porque trabajo de cerca con sus fuentes sonoras, sino porque en ese acercamiento me he impregnado inconscientemente de nociones estructurales propias de ese mundo.

### **Nuevas antiguas posibilidades**

¿Se puede descolonizar la música? A mi entender, necesariamente como música nueva, surgida en multiplicidad de referentes. Es el camino de la Orquesta Experimental de Instrumentos Nativos (OEIN) de La Paz, Bolivia, que se ubica en el vértice donde pueden encontrarse nuestras vertientes históricas, no como una simple conciliación, sino más bien como una construcción nutrida de múltiples referencias. Siguiendo la metáfora, la OEIN es el espejo, es la imagen y es el nombre; todo a un mismo tiempo.

Para la OEIN lo indígena es una fuente fundamental, en el más literal de los sentidos; es su sostén conceptual y técnico. La OEIN no sólo reconoce al mundo indígena en sus valores, conocimientos, sabidurías y elaboradas formas de pensamiento, sino que – por sobre todo – lo incorpora efectivamente al proceso vivo de la cultura contemporánea. Se hace una extensión de él.

El imaginario de la OEIN nos enseña a escuchar de otra manera, com-penetrándonos en los desafíos de una música basada en nociones de tiempo diferentes, en formas distintas de concebir y producir el sonido, en funciones sociales complejas. Sólo así llegamos hasta aquí. ¿Aquí dónde? Aquí, al punto donde proponemos un paradigma propio y nuevo, desde donde erigirnos a nuestra imagen y semejanza, y desde donde enunciarnos ante los otros por un mundo más justo.

Montevideo, 4 de octubre de 2009.

La lectura de la ponencia se complementó con la exhibición de un video documental (inconcluso) sobre la Orquesta Experimental de Instrumentos Nativos (OEIN) y su Programa de Iniciación a la Música (PIM), del videasta boliviano Alfredo Ovando.